



PRIMERA PARTE, DE LOS SUCESOS DE DON MANUEL  
DE CONTRERAS, Y DOÑA TERESA DE RIBERA.

**A**L Divino Consistorio  
de la Trinidad Suprema,  
Padre, Hijo, Espiritu Santo  
tres Personas, y una Esencia,  
le pido humilde, y postrado  
me dé gracia con que pueda  
mover mi rustico ingenio,  
y mi pluma buele diestra,  
para que acierte escribir  
la fortuna mas adversa,  
el caso mas lastimoso,  
la mas infausta tragedia,  
que han escrito las historias,  
ni los Anales celebran.  
En las asperas montañas  
de Guadalupe, que buelan  
por el mundo sus noticias,  
cuya intrincada aspereza,  
quiere competir al Cielo  
con sus marañas guadexas.  
En este aspero desierto,  
entre sus robles, y breñas,  
un Pastor que ya dexaba  
en su aprisco las ovejas,  
y pasaba cuydadoso  
à una aldea de alli cerca,  
y para llegar mas presto,

và por escusadas sendas,  
quando ya impensadamente,  
le sofocan y amedrentan  
unos ecos, que con ayés  
dàn de algun presagio señas.  
Quedose el Pastor confuso,  
y llegando mas cerca,  
vió una hermosisima Dama,  
que dudaba en su belleza,  
si era Palas en el monte,  
ò si es la Diosa Minerva.  
Era un extremo tan linda,  
que si el mismo Cielo ostenta  
un Sol para adorno suyo,  
acompañado de Estrellas,  
ella con sus dos mexillas  
dos Soles consigo lleva.  
Dos carbuncios son sus ojos  
que lucen con luces bellas.  
Tiene la luna en su frente,  
su garzota una madexa  
de oro que à muchos hombres,  
pudo servir de cadena.  
Orillas de si tenia  
una charpa de escoperas,  
y un hombre muerto en sus brazos,  
cuyas heridas perversas,

con la purpura que vierten  
manchan las flores, y yervas.  
Estaba la triste Dama  
en lagrimas tan deshecha,  
que aunq̃ el llanto en la hermosura  
suele estragar su belleza,  
tambien las lagrimas suelen  
perficionar la mas bella.  
Con lastimosos sollozos  
la hermosa Dama se quexa,  
mirando al yerto Conorte,  
y dice con dulces quexas:  
Noble dueño de mi vida,  
amada, y querida prenda,  
imán de mi corazón,  
de mi alma, y mis potencias;  
tu, has muerto por mi causa,  
tambien es razon yo muera,  
pues veo en ti amado dueño,  
la luz de mis ojos muerta.  
Veo quebrado el espejo  
donde me miraba aienta:  
veo yá el Sol eclipsado,  
pues tu rostro se ahuyenta:  
miro el clavel deshojado,  
quando yo aguardaba tierna  
el descanso de tus brazos,  
oy lo mismo manifiestan  
ser un finesto teatro,  
donde la muerte te hospeda.  
Ya se acabaron mis gustos,  
yá mis congoxas se aumentan,  
yá llegò el fin de mis glorias,  
yá mi desdichas empiezan;  
murieron mis esperanzas,  
y renacen mis tristezas.  
Donde hallare yo conuelo  
à tanto tropel de pena?  
Solo el morir es remedio.  
Aves, animales, fieras,  
sirva mi cuerpo de pasto  
à vuestra ambicion hambrienta,

dividid mi cuerpo en trozos.  
O muerte, como no llegas,  
que à las que menos teme,  
la maltrates con tu ausencia?  
Tierra como no te abres,  
que allà en tus entrañas densas  
quiere verse sumergida  
quien tanto morir desea.  
Estas palabras decia,  
y entre sus brazos le aprieta.  
Miravale el rostro elado,  
é inclinando la cabeza  
sobre el yá muerto cadaver,  
allí se quedò traspuesta.  
Llegò à este tiempo el Pastor,  
diciendo: Señora, ea,  
buelve en ti, mira, y repara,  
que soy hombre; considera  
compasivo à tus desdichas,  
què aquí à socórrerte llega.  
Viendo que no le responde  
la toma con diligencia  
en sus hombros, y à un Convento  
de Monges, que està allí cerca  
la llevó, donde al Prelado  
con requisito la entrega,  
y los Religiosos Padres  
con mucha liberaléza,  
con bebidas, y reparos  
à muy pocas diligencias  
bolvió en sí la hermosa Dama,  
tola en suspiros rebuelta.  
Todos à un tiempo le piden,  
que de la forma que pueda  
les cuenta su amarga historia,  
que yá desean saberla.  
Formando un nuevo suspiro,  
les respondió muy discreta:  
No puedo negarme Padres,  
siendo jista la obediencia,  
à referir mi suceso,  
si acaso el dolor me dexa.

La muy Noble Salamanca,  
esa es mi Patria, y mi tierra:  
nací de muy nobles Padres,  
mi nombre propio es Teresa,  
Apenas cumplí tres lustros,  
(aquí mi desdicha empieza):  
murió mi Padre, y mi Madre,  
Dios en el Cielo los tenga:  
Quedé en poder de un hermano,  
el qual de su punto intenta  
el entrar en Religiosa,  
y yo fui de esto contenta.  
En este tiempo ay de mi  
un Caballero que pena  
galán, discreto, y bizarro,  
que es Don Manuel de Contreras,  
este à mi hermano le dió  
la vida en una pendencia,  
y mi hermano agradecido,  
y atento à tan gran fineza,  
lo llevó à mi casa quando  
entrado por ella apenas,  
èl omití me, y yo le miré,  
amor disparó su flecha,  
à un tiempo los dos quedamos  
heridos de tal manera  
en las coyundas de amor,  
èl preso, y yo prisionera,  
él amante, y yo rendida,  
él resuelto, y yo resuelta.  
Creció nuestro amor de suerte,  
que su ardor pasó à violencia,  
pues reconoció mi hermano  
de nuestro amor la fineza.  
Quita à Don Manuel la entrada,  
y à mi, enojada me encierra;  
valme de una criada,  
la qual una noche ordena  
darle entrada à Don Manuel,  
y en mi mismo quarto entra,  
en ocasion que mi hermano  
el recelo no le dexa

sosegar, se levanto,  
y à mirar la casa empieza,  
mas no fué tal el silencio,  
porque al abrir una puerta  
lo sentimos, y al momento  
Don Manuel con ligereza  
quiso ocultarse: mas fué  
en vano su diligencia,  
porque al salirse à la calle,  
la desgracia que lo ordena,  
le disparó una pistola,  
pregon fue de mi flaqueza.  
Creció en mi hermano la furia,  
reconociendo su afrenta;  
de lo que fue sospechoso,  
sacó la clara evidencia;  
de los cabellos me arrastra,  
llevado de su soberbia.  
A la mañana siguiente  
tratò mi hermano, que pena!  
el llevarme, que pesar!  
à un Convento, que tristeza!  
violentada, que tormento!  
para quien el alma dexa  
en cautiverio amoroso,  
pero amor, que no me dexa,  
con papeles correspondo,  
que nunca faltan tercetas  
para aquestas ocasiones:  
y hallandome yo resuelta,  
ordenamos que una noche,  
por las tapias de una huerta  
del Convento me sacase;  
y logrando el verme fuera,  
Don Manuel, que apercebido  
de muchas armas me espera,  
y un caballo, que à los vientos  
imita su ligereza,  
à las ancas me tomó,  
y à Cordova la opulenta  
caminavamos, à donde  
tenia su parentela;

con pretexto, en llegando,  
al Obispo, darle cuenta,  
y lograr los esponsales;  
pero nuestra suerte adversa  
no quiso, se nos lograra  
una pretension tan buena.  
A este desierto llegamos  
en el rigor de la fiesta;  
nos apeamos, y yo,  
fatigada à la molestia  
del camino me quedé  
vencida al sueño; y apenas  
quedé del sueño vencida,  
me ha entrado con vehemencia  
entre angustias un ensueño  
tan pesado de manera,  
que en su inhumano concepto  
fue su tirana influencia,  
que à mi amante daban muerte  
traydores con inclemencia.  
Quiero dar voces, no puedo;  
quiero acudir, no me dexa  
aqueste infame letargo,  
y entre congexas, y penas  
el corazon à pedazos  
queria salirse fuera  
del pecho, y la garganta  
añudala que no dexa  
los conductos del valor,  
que interrumpiesen à fuerza,  
cansia de batallar,  
el vil ensueño me dexa.  
Desperté toda turbada,  
y luego que fui despierta,  
buscaba à un lado, y à otro  
à el iman de mis potencias;  
mas viendo que no le hallo,  
y el alma quedó suspensa,  
y el corazon traspasado,  
la sangre elala en las venas.  
Oí decir: Ay de mi!  
muerto soy sin resistencia

à vuestras traydores manos,  
à Dios amada Teresa,  
que yà de mi triste vida  
llegò la hora postrera.  
Acudí despavorida,  
llegué; mas que viva, muerta,  
lo hallé rebuelto en su sangre,  
manchando la tosca arena,  
y viendo tan gran desgracia,  
le dixé con grande pena  
quien fue el ingrato homicida  
que con tirana insolencia  
te ha puesto de aquesta suerte?  
Oye, mi desdicha es esta;  
respondió: tú te venciste,  
y yo à esta fuente risueña  
vine por un poco de agua,  
y estando sentado en ella,  
divertido en sus cristales,  
me acometen con violencia  
tu hermano, y quatro traydores,  
y con tirana soberbia  
catorce heridas me han dado,  
que yà por muerto me dexa.  
Tu del riesgo te libraste,  
pues no hicieron diligencia  
de buscarte, que buνας voces  
que oyea, à huir les empenañ.  
No siento mi muerte; mas lo  
solo siento el que te quedas  
en aquesta soledad,  
acompañada de fieras.  
Y pues me falta el aliento,  
pues yà la muerte me espera,  
te pido que me perdonés,  
porque perdonada seas,  
que si yo merezco el vermen  
en la Dixina presencia  
de Dios, pediré por tí;  
que por su santa clemencia  
te saque de esta afliccion,  
y de todo libre seas,

y pues no puedo ampararte,  
solo Dios te favorezca.  
En esto espiró en mis brazos,  
y yo quedé con tal pena,  
desconyuntada el dolor,  
que mi desdicha me muestra.  
Lo demás, este Pastor  
podrá decir lo que queda;  
solo pido, se me dé  
permiso, que en una cueva,  
de un toscó sayal vestida,  
me entré à hacer penitencia,  
para pasar de mi vida  
lo restante que me queda.

## SEGUNDA PARTE.

**Y**A dixo el primer Romance,  
como se quedó metida  
Doña Teresa en la cueva,  
del mismo Dios asistida,  
despojada de sus galas  
de un toscó sayal vestida.  
Ya de Christo enamorada  
no quiso mas compañía,  
que un Divino Crucifixo,  
calavera, y disciplinas,  
un libro, y una corona  
de muy agudas espinas.  
Siempre estaba en oracion  
ayunaba cada dia,  
y à la hora de comer  
salía al campo, y pacía,  
como bruto irracional,  
las yervas que en él había.  
Sin compostura el cabello,  
que de cuyarlo se olvida,  
los ojos secos, sumidos  
de llorar, y las mexillas  
con lo remate de ellos,  
hechos canales tenía.  
El rostro descolorido,

Se lo otorgafon, è hizo  
las christianas diligencias,  
y en una lobrega gruta,  
todo al sentimiento hecha,  
se entró, donde santamente  
en la virtud fue perfecta.  
Por el difunto embiaron,  
y con solemnes exequias  
sepultura le previenen.  
Y aqui el humilde Poeta  
ofrecó segunda parte,  
porque el auditorio sepa  
en lo que vino à parar  
Doña Teresa en la cueva.

las espaldas muy heridas,  
y de estar arrodillada  
llagadas ambas rodillas.  
Tanto era su fervor,  
que su corazon se ardía  
en fuego de amor divino  
llorando sus culpas mismas.  
Ya del mundo no se acuerda,  
ni de sus vanas delicias,  
pues sus pensamientos todos  
solamente en Dios tenía.  
Tal era su penitencia,  
tanto en la virtud camina  
que una Catalina en Roma  
solo pudo competirla.  
La Egypciaca Madalena,  
que tanto la Iglesia admira,  
cuya vida, y penitencias  
estàn en bronce escritas,  
yà Teresa en el dolor,  
y en el llanto las imita;  
y yà el astuto demonio,  
heno de mortal embidia,  
trabaja por derribarla  
de aquella tan justa vida,

y con diabolica traza  
para mejor persuadirla,  
tomó el traje semejanza  
(como dixe mas arriba)  
de Don Manuel de Contreras,  
que yace entre las cenizas,  
aquel galan que Teresa  
idolatraba algun dia.  
Al fin el dragon horrible,  
para la cueva camina,  
llevando en su seguimiento  
sus secuaces, que le asistan.  
Llegó á la gruta, en efecto,  
á donde habita Teresa,  
llamandola por su nombre,  
dice estas palabras mismas,  
O desgraciada Teresa!  
que grande fue tu desdicha,  
pues naufragas en miserias  
en lo mejor de tu vida!  
Espejo en que las virtudes  
unas con otras se miran,  
tu ajada, y tan acabada?  
Quando tu tan abatida?  
Y yo de mi desgraciado,  
siempre adquiriendo noticias,  
por no saber donde estabas,  
hasta que la suerte mia  
dando treguas al pesar,  
quiso traerme á la vista  
del dueño que mas adoro,  
de la prenda mas querida,  
que mora en mi corazón,  
y en el alma se avecinada.  
Quien eres tu te respondo,  
que con tan tiernas caricias  
me tratas sin conocerme?  
Pues que no me conocias?  
Yo soy Don Manuel, mi bien,  
quien tanto por ti suspira,  
quien blasonando de amante,  
busca con joya perdida,

y con la gloria de hallarla,  
me prometo las valbicias,  
que como el Sol de tu rostro  
es la luz que me ilumina,  
no hallarla fuera mi muerte,  
y hallandola tengo vida.  
No es posible seas quien dices.  
Quien lo asegura? Yo misma,  
porque él en mis brazos tuvo  
las ultimas agonias,  
en mis brazos espiró,  
porque su desdicha, y la mia  
mira si asegurar puedo  
lo que mi fe acredita.  
Engañada estás Teresa,  
que aunque sin habla me veías  
no fui muerto, fuè un desmayo,  
por la sangre que vertia.  
Para que mejor te conste,  
aqui las señales mira  
de las heridas que tengo  
curadas, sanas, y fixas.  
Como tan presto sanastes?  
Bien la verdad averiguas.  
Un Pastor, que compasivo  
acaso buscando iba  
unas ovejas, hallóme  
sin el habla, como veías,  
me tomó, y llevó á un Lugar,  
que estaba de alli dos milas,  
bolvi en mi, y bien curado  
me vide en muy pocos dias.  
Fui á mi Patria, y á mis Padres  
de todo les di noticia.  
Buelvo á buscarte tan fino,  
y aun mas que el primer dia,  
y mis padres cuydadosos,  
con la casa prevenida,  
como á su dueño te esperan,  
y así toda mi familia.  
Aqui traygo muchas galas,  
las que quisieres te aplico.

esto solo te está bien,  
no dilates la partida,  
Ay Don Manuel que ya es tarde:  
Qual es la causa me digas?  
El voto de Castidad  
que à Dios hice con fe viva;  
y ya el cumplido me es fuerza:  
la consecuencia está fixa.  
Respondió el demonio entonces:  
Escucha, Teresa mia,  
no me distes voluntaria  
palabra, y mano tu misma  
de casamiento? Es verdad.  
Luego si tu con la mia,  
uniste tu voluntad;  
con dulces lados unida;  
sabete de que ya estamos,  
segun las Leyes Divinas,  
para con Dios desposados;  
y sin que lo contradigan,  
hay nulidad en el voto:  
que una muger por si misma  
sin licencia de su esposo,  
tal cosa no determina.  
Tu, por muerto me tuviste,  
pero teniendo yo vida  
queda el voto irregular,  
bien la experiencia lo afirma.  
Esa es questión temeraria  
que primero es ( como es fixo )  
lo Divino, que lo humano,  
dicen las leyes antiguas,  
cumplir à Dios la palabra  
porque en todo predomina,  
y es primero este precepto;  
y así cumplir no me obliga  
la palabra que te di,  
porque me alienta y anima  
el faltar las bendiciones,  
que es el tojo, segun cifran  
las Leyes del Matrimonio,  
y por esta causa misma,

tengo ya hecho el dictamen  
de pasar aquí mi vida,  
solo por servir à Dios.  
Teresa, ya tu delirias:  
à Dios sirve, à Dios agrada  
la muger que con medida  
à su marido le asiste  
en la miserable vida:  
si conmigo no te vienes  
serà tu alma perdida:  
mira que injurias al Cielo,  
y hasta el mismo Dios irritas,  
à los Angeles y Santos  
quantos en la Gloria habitan.  
Ay de mi! Ya Don Manuel  
me confieso convencida:  
buelve despues, que yo en tanto  
quiero un rato, recogida,  
mirarme bien, que despues  
te daré la razon fixa.  
Con esto se entró en la cueva  
llorando lagrimas vivas;  
y tomando un Crucifixo,  
è hincandose de rodillas,  
y con afectos del alma,  
estas palabras decia:  
A Vos Celestial Pastor,  
buelve esta oveja perdida,  
buscando vuestro rebaño,  
pues sois Autor de la vida  
Amorosissimo Padre,  
esta pecadora hija,  
à vuestra elemencia adela;  
y pues es tan infinita,  
Señor, tu Misericordia,  
ampara esta desvalida.  
Peque, Señor contra Vos,  
ciega, torpe, inadvertida:  
Sois justiciero, y piadoso,  
no quieras sea perdida  
la Sangre, que por mi fué  
en vuestra Pasion vertida.

Pruelve, Señor à la bayna  
la espada de tu justicia,  
y halle solo en vuestro amparo  
consuelo en tanta fatiga,  
dadme luz para que acierte,  
y no camine perdida.  
En esta oracion estaba,  
quando vido que venia  
à ella un Caballero,  
que color blanco vestia,  
el aspecto venerable,  
diciendo con melodia:  
No tengas temor Teresa,  
que yo soy el alma misma  
de Don Manuel, que por ti  
goza de la gloria dicha.  
Dios oyó tu peticion,  
y así el mismo Dios me embia  
para que te desengañe,  
Ese que te persuadia  
en mi traje es el demonio,  
que con infernal codicia  
quiere llevarte consigo  
à sus cavernas, ó simas:  
vés al Convento, y en el  
haz las diligencias dignas  
de Christiana, y luego al punto  
à su cueva se retira:  
defiendete de los lazos  
de esa tu enemigo hidra;  
y con eso queda en paz:  
Dios te ayude, Dios te asista,  
Apenas se apartó el alma  
de este mundo a la otra vida,  
el demonio que esta hecho  
un centinela de vista,  
bolvió à entrar segunda vez,  
diciendo: Teresa mia,  
ese es el fiero demonio,  
que con maña discursiva  
en sus tinieblas, y asombros,

quiere verte sumergida,  
y ser mi espiritu fingido  
y que el mismo Dios lo embia.  
Dixole Teresa entonces:  
Luego tu segun explicas,  
dices, no eres el demonio,  
pues hincate de rodillas,  
y pide misericordia  
à este Señor que nos mira.  
Dixo el demonio bramando:  
Eso no, no lo permita  
mi altiva soberbia, que  
yo me avasalle, ni rinda.  
Pues vete, infernal dragon,  
à las brasas prevenidas,  
que por tu soberbia tienes  
en el inferno adquiridas.  
Desapareció el demonio  
rabiando como una hira,  
dexando todo el desierto  
estremecido en sus iras.  
Quedò Teresa en asombro  
de lo que le sucedia,  
y armada de su valor,  
para el convento camina:  
Confesó generalmente,  
y à la cueva se bolvia.  
Diez dias no se pasaron  
quando van à requirirla,  
quatro, ó cinco Religiosos,  
y la hallaron de rodillas  
difunta, todo aquel sitio  
con fragancias transcendida.  
Al Convento la llevaron  
con la decencia debida;  
sepultura le previenen,  
gloria à Dios à voces digan.  
Y Juan de Mendoza humilde,  
es razon que à todos pida  
perdon de las muchas faltas  
que en estos Romances cifra. FIN.